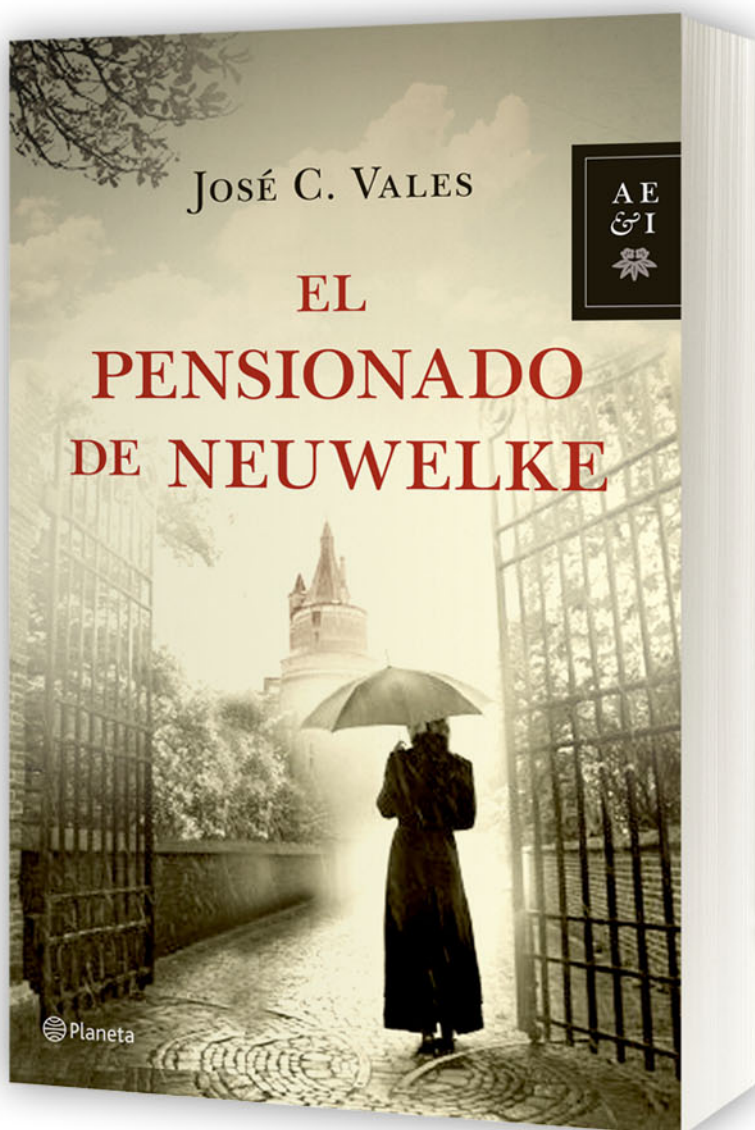


Fragmento

El pensionado de Neuwelke

José C. Vales



Un pensionado de señoritas. Unos extraños sucesos.
Unos personajes que ocultan un secreto.

José C. Vales



El Pensionado de Neuwelke

[El Pensionado de Neuwelke]

Ésta es la extraordinaria historia
de Émilie Sagée, que fue institutriz
en el Pensionado de Señoritas de Neuwelke,
en la extremada región de Livonia.

*Oh! there are spirits of the air,
And genii of the evening breeze,
And gentle ghosts, with eyes as fair
As stars-beams among twilight trees...*

PERCY B. SHELLEY, *To —*

NOTA DEL AUTOR

Los sucesos que aquí se narran tienen su fundamento en lo acontecido realmente, entre 1844 y 1846, en una institución académica llamada Pensionado de Señoritas de Neuwelke, situada a pocas millas de la ciudad de Wolmar, en la antigua república báltica de Livonia.

La primera vez que oí hablar del Pensionado de Neuwelke y de su historia fue, si la memoria no me traiciona, en 1852. Ocurrió durante una encantadora cena que ofreció lady Elmont en su casa de Pimlico. En la invitación se advertía que asistiría al convite un peculiarísimo político norteamericano llamado Robert Dale Owen, representante al parecer del Partido Demócrata estadounidense. Además estarían presentes sir Lawrence-Burns y su esposa, el barón Ludwig von Güldenstube y su hermana, la señorita Julie von Güldenstube, que se presentaba en Londres, junto a un joven acompañante de apellido impronunciable, y algunos nombres más cuya referencia sería aquí quizá enojosa.

Hallándose presentes los dos hermanos Von Güldenstube, no será difícil imaginar hacia qué ámbitos del conocimiento humano se dirigieron las conversaciones. (Desconozco si por entonces estaban preparando ya *La réalité des esprits*, que vería la luz algunos años después.) Antes de que se sirviera el *roastbeef* ya sobrevolaban la mesa cientos de

espíritus, fantasmas, espectros, ectoplasmas y otras mil formas etéreas de la moderna imaginería espiritista.

A decir verdad, un servidor nunca fue especialmente aficionado a este tipo de aventuras de *outré-tombe* y escuché todas aquellas historias con una sonrisa y con una mezcla de escepticismo burlón y curiosidad literaria. Todo lo que contaba el barón Von Güldenstube me resultaba manido y convencional, pero entonces —no recuerdo si se habían servido ya los postres— tomó la palabra la joven Julie. No sé si fue la narradora, o lo narrado, o la forma de narrarlo, pero puedo afirmar que la señorita Von Güldenstube nos deleitó con la historia más asombrosa y admirable que jamás haya escuchado.

Y, en efecto, si estas páginas llegaran a sus manos, quisiera que Julie von Güldenstube las considerara una muestra de sincero agradecimiento, pues fue ella quien me contó —a mí y al resto de los comensales— lo que usted, buen amigo, se dispone a leer ahora: los raros y curiosos sucesos acaecidos en el Pensionado de Neuwelke. Naturalmente, todos los presentes permanecemos boquiabiertos ante la narración de la señorita Julie, pues exponía la historia con la precisión y la exactitud de quien efectivamente había vivido tan extrañas circunstancias sólo unos años antes. La juventud y la inocencia de la señorita Julie no permitieron que nadie dudara de la verosimilitud de aquel relato.

El señor R. D. Owen no perdió el tiempo e hizo pública la historia del Pensionado de Neuwelke al año siguiente, en 1853, y en su escrito citaba la mayoría de los detalles que había descrito la joven aristócrata alemana durante aquella cena, aunque, a mi juicio, cometía algunos errores cronológicos y dejaba muchos cabos sueltos, o al menos los suficientes como para que cualquier persona suspicaz pudiera dudar de la veracidad de la historia. (También lo publicó

después en sus *Footfalls...*, de 1860, y en otras ediciones posteriores, con modificaciones sustanciales, debidas, según creo, a sus intereses particulares.)

Por mi parte, aunque asombrado y conmovido por lo que había contado la señorita Julie, acomodé aquella historia en un cajón polvoriento de mi memoria —supongo que puede decirse así— y no volví a ocuparme de aquel recuerdo hasta muchos años después.

La extraordinaria historia de Neuwelke se desempolvó por sí sola hace poco más de un año: el Gobierno de la Reina me había enviado en misión diplomática a Varsovia, donde la casualidad quiso que conociera a una dama de cierta edad llamada Antoinette de Wrangel. En una conversación ocasional y casual, volvió a surgir el nombre del pensionado de señoritas y, a continuación, nuevamente, la maravillosa historia que la señorita Von Güldenstube nos había relatado veinte años atrás. La peripecia —como dicen los retóricos— en nada difería de la narración ya conocida, y despertó en mí una vivísima curiosidad, aunque no hice nada al respecto.

Y por fin, al poco, en el curso de un viaje a Viena, coincidí en una maltrecha posada de montaña con una aristócrata de la casa Buttgereit-Dientzenhofer, y puesto que la nieve impedía que nuestros carruajes cruzaran el paso alpino, entretuvimos la noche contando noticias curiosas frente a la chimenea. Yo relaté la historia del Pensionado de Neuwelke —pues me pareció muy propia y adecuada a las circunstancias—, añadiéndole algunas escenas truculentas que me parecieron muy góticas y misteriosas. Pero cuando estaba enfangado en una de esas invenciones mías, la señora Buttgereit-Dientzenhofer se levantó airada y me llamó embustero y fabulador, y abandonó intempestivamente la compañía. Reflexioné durante la noche y, a la mañana siguiente, durante el desayuno, le pedí humildemente per-

dón a la dama. Ella me lo concedió con benevolencia y generosidad, y me explicó que tenía muy buenas razones para defender el honor de todos cuantos vivieron en el Pensionado de Neuwelke, y que conocía de muy buena tinta la historia, con todos sus detalles, y que me la contaría si ése era mi gusto. Y así lo hizo.

Desde aquel momento, los sucesos de Neuwelke ocuparon de tal modo mi pensamiento que apenas podía emprender labor alguna sin que me importunaran los detalles y las imágenes de aquella historia. Finalmente, cedí a la tentación e hice las averiguaciones precisas: el Pensionado de Señoritas de Neuwelke, según pude saber, se encontraba en un lugar apartado de la extremada región de Livonia, a poco más de tres millas de Wolmar y a menos de sesenta millas de Riga... Esto es, apenas me costaba unos días llegar a aquel lugar desde la embajada de la Reina en Varsovia.

El resultado de varios meses de indagaciones y pesquisas es lo que el amable lector tiene ahora en sus manos. Conocí a muchas de las personas que aparecen en esta narración y casi todas tuvieron la amabilidad de contarme lo que vieron o lo que supieron cuando vivieron en el Pensionado de Señoritas o sus alrededores, y con sus testimonios he podido dar forma al presente relato. Creo que no difiere en mucho de lo que Julie von Güldenstübbe nos contó aquel lejano día de 1852 y, por otra parte, sospecho que añade información sustancial sobre el caso. También se conforma exactamente con lo que me contaron la señora De Wrangel y la señora Buttgerit-Dientzenhofer.

Desde luego, he redactado las siguientes páginas con angustiosas prevenciones: en primer término, me asaltaba el temor —común, supongo— de quien no está acostumbrado a contar historias y admira sinceramente a quienes son capaces de inventarlas o reproducirlas.

Pero, sobre todo y aparte de las humildades literarias, me preocupa que el amable lector se adentre en esta historia como quien asiste a un cuento de viejas o a una locura romántica. En nuestro tiempo de realismos y descreimientos, apenas se atreve uno a declarar que el mundo es un lugar asombroso, lleno de misterios y maravillas incomprensibles; sin embargo y por fortuna, el mundo no es tan simple y tan vulgar como creen quienes son incapaces de asombrarse ante el agua, una manzana o una luciérnaga. Si los simplistas se permitieran un instante de reflexión, admirarían esos objetos con un asombro cercano al anonadamiento. Además, el mundo no sólo es maravilloso, enigmático y misterioso, sino que parece la mismísima imagen de una fertilidad desbocada, repleta y llena de miles y millones de objetos y seres, formando un caos que sólo la presunción y el envanecimiento pueden considerar sometido al imperio de la razón y la ciencia. Por fortuna más que por desgracia, nuestro universo es caótico, azaroso, incomprensible y sorprendente, y no admirarse ante el monumental desconcierto de la vida sólo revela una cierta incapacidad para gozar de ella.

La historia del Pensionado de Señoritas de Neuwelke, en buena parte, es la historia del fabuloso caos del mundo y sus objetos, y de personas reales que tuvieron que vivir allí donde la confusión y el desconcierto de la existencia se revelaron de un modo maravilloso.

J. S. W.

HMG

Wellington Sq., Londres

∞ PRIMERA PARTE ∞

¡Ahora iba a resultar que cualquier jovenzuelo podía conocer los principios y fundamentos sobre los que se sustenta el cultivo de los tulipanes! Eso era lo que pensaba Jonas Fou'fingers mientras observaba la tierra negra de *su* jardín.

A la dudosa luz del amanecer, la figura de Jonas Fou'fingers era una sombra terrible en medio de las brumas azules que serpenteaban desde los bosques desnudos y se iban deslizado por los campos helados hasta la gran mansión de Neuwelke. El anciano tal vez sintió un escalofrío, porque se aferró a los extremos de su capote de viaje y se envolvió en él procurando que no quedara un resquicio por el que pudiera colarse aquel frío húmedo y báltico que era capaz de corroer los huesos de cualquier escocés. Por debajo de la capucha se adivinaban los mechones de pelo pajizo de un hombre de Aberdeen y la mirada recelosa de los que viven al norte de «la frontera». Había empezado a contar con cierto temor los primeros años de la setentena, pero las arrugas de su rostro delataban más fortaleza que debilidad, y su pétrea mirada apenas era capaz de mostrar más ternura que la de una roca granítica del viejo Ben Macdhui.

Jonas Fou'fingers se quejaba porque el señor Buch le había encomendado una tarea para la que no se le había contratado. Desde luego, no estaba proponiendo una su-

blevación, simplemente constataba que se le había encomendado un trabajo por el que no se le pagaba. ¿Era jardinero o no era jardinero? Era jardinero. Luego no tenía por qué levantarse a las cinco de la madrugada, aparejar a *Mr. Pickerton* a la calesilla y emprender un viaje molesto y engorroso hasta Wolmar. En la conversación que había tenido la tarde anterior con el señor Buch, el viejo jardinero escocés le había hecho saber cuál era su profesión, aunque era muy probable que el señor Buch conociera ese detalle, porque Jonas Fou'fingers se había ocupado de los jardines del señor Buch desde «tiempos inmemoriales». Precisamente por la confianza que los unía, Jonas le había preguntado a su señor:

—¿Pero yo soy jardinero o no soy jardinero, señor Buch?

—Desde luego, Jonas: eres jardinero. Sólo te pido que me hagas este favor y que vayas mañana a Wolmar...

—Es que mañana es el día de preparar la tierra para los tulipanes.

—Bah, no te preocupes. Dile a Nikolai, el muchacho de la cabaña, que se ocupe de ello... Siempre anda rondando por aquí. Seguro que no le importará aventarte la tierra para los tulipanes.

¡Por supuesto que no le importaría! ¡Cualquier conde se sentiría honrado si le pidieran que aventara la tierra helada para los tulipanes de Jonas Fou'fingers!

El escocés miró de reojo la cabaña que se difuminaba a lo lejos y refunfuñó unas palabras ininteligibles. De todos modos, lo que quería decir era que le resultaba ofensivo y denigrante que su señor hubiera pensado que un mozalbate como Nikolai podía ocuparse de sus tulipanes... ¡Ni siquiera sería capaz de hacer los surcos para airear la tierra donde algunas semanas después iban a plantarse los bulbos! El universo del tulipán, según Jonas Fou'fingers, ape-

nas podía compararse, en complejidad y dificultad, al álgebra tenebrosa o a la ignota astronomía. Los principios y fundamentos del arte de la jardinería del tulipán eran, según el viejo escocés, de raigambre mística y casi teológica. (Desde luego, éstas eran consideraciones personales que no se había atrevido a compartir con nadie, porque incluso él era consciente de que la sociedad en general no concebía que San Agustín o Santo Tomás pudieran estar a la misma altura que un bulbo de tulipán, que al fin y al cabo, en puridad, no es más que una hierba florida.)

Jonas se acercó a la parcela que había reservado para plantar los tulipanes y removió un poco de tierra con la punta de la bota. Sin duda, la temperatura era ya la idónea y los terrones y los grumos de tierra arenosa que componían el parterre seleccionado se encontraban en un estado óptimo: por eso precisamente no tenía ninguna intención de permitir que el mocoso de Nikolai metiera sus uñas sucias en un lugar tan sagrado. La tercera semana de octubre siempre había sido su fecha favorita; además, ahora contaba con el favor de la luna creciente —todo el mundo sabe cuán favorable es esta circunstancia en la plantación y cultivo de todo tipo de especies vegetales—, y el mismísimo almanaque del doctor Southpaw especificaba que el día 15 de octubre era una fecha magnífica para comenzar los trabajos de plantación de liláceas. De todos modos, el secreto del buen florecimiento de los tulipanes no residía en la composición arenosa de la tierra ni en la fecha precisa de su plantación —con ser estos detalles de una importancia cósmica—, sino en la conservación de los bulbos. Jonas Fou'fingers se hacía enviar durante todo el año los ejemplares del *Old Aberdeen & Scotland Quarterly* con el fin de seleccionar las mejores páginas, en las que envolvía los bulbos que se conservaban de un año para otro en las mejores condiciones. El minucioso jardinero desestimaba, por

principio, todas las páginas en las que hubiera demasiados grabados, porque al cabo de los años había llegado a la conclusión de que esas páginas no protegían con la suficiente precisión la delicadísima y celestial naturaleza de los bulbos de tulipán. (Los amarillos sufrían especialmente con la humedad.) Una vez seleccionadas las hojas del periódico, cada bulbo se envolvía en dos hojas, para protegerlo del más mínimo riesgo acuoso, y luego, una vez ordenados todos los bulbos y una vez anotadas sus características principales en una etiqueta única, Fou'fingers los recogía en una redecilla, y luego los metía en una caja de cartón que a su vez depositaba en una cesta de mimbre. El precioso y místico contenido de la cesta de mimbre se depositaba, año tras año y cada primavera, en un lugar cuidadosamente escogido de la mansión, donde no llegara ni un átomo de luz y no hubiera peligro de humedades. Allí dormían los bulbos de tulipán su sueño anual, misterioso y sombrío, en una solitaria hibernación, hasta que volvían a caerse las hojas de los árboles y el otoño volvía a humedecer los campos y a sembrar de escarcha blanca los prados. Entonces, con la delicadeza y el ritual de los viejos druidas escoceses, el viejo pelirrojo Fou'fingers acudía tembloroso al lugar donde había guardado su tesoro y desenvolvía cuidadosamente los breves paquetillos para traer de nuevo a la luz la simiente cebollesca de los tulipanes... Y allí estaban siempre: algunos incluso se adelantaban a los designios del propio jardinero y amenazaban con empezar a asomar un brote-cillo verde y carnoso, como si estuvieran deseosos de dar al otoño su fantástica sinfonía de colores brillantes y turgentes.

—Bueno, no importa... —dijo finalmente el jardinero, volviendo a remover el parterre con la puntera de la bota—, aún estamos a 14 de octubre. Mañana prepararé la tierra.

Y se volvió con la intención de ir a buscar a *Mr. Pickerton*, que ya estaba esperando cerca de la cancela de la propiedad.

El escocés subió al pescante y, antes de coger las riendas, se embozó en su capote para que las humedades de la madrugada no le mordieran los huesos. *Mr. Pickerton*, el fabuloso percherón bayo de Neuwelke, piafó ruidosamente y una nube de vapor se elevó a ambos lados de su poderoso cuello. Cualquiera hubiera pensado que protestaba porque lo habían despertado de madrugada y lo habían tenido enganchado media hora, a la intemperie de aquella mañana inclemente, antes de decidirse a emprender el camino. Pero finalmente así ocurrió: Jonas Fou'fingers murmuró un ronco «Ea, *Mr. Pickerton*» y el poderoso caballo tiró de la calesilla como si ésta no pesara más que la pluma de un pardalillo joven. Si hubiera tenido juicio y conocimiento —pues suponemos que estos animales no lo tienen—, probablemente habría gozado con el espectáculo de los flecos rubios de sus propias pezuñas, las crines y la cola agitándose elegantemente al tiempo que serpenteaban camino abajo hacia la pequeña ciudad de Wolmar.

Por un impulso piadoso, Jonas Fou'fingers se volvió hacia la mansión de Neuwelke antes de que *Mr. Pickerton* doblara el recodo de la colina y la casa se perdiera de vista. Todo el pensionado se hallaba en perfecto sosiego y oscuridad, salvo una ventana en un extremo, que lucía con un amarillo lastimero, macilento y mortuario. El jardinero meneó la cabeza y chasqueó los dientes con una mueca de compasión.

—Mala noche hemos tenido, señora.

Luego se volvió y clavó la mirada en las crines rubias y ondulantes del percherón. Más le valía ocuparse de sus asuntos.